

saños de sus tronos, realizar la predicción que promeña á Roma de nuevo el imperio del mundo cuando el papado hubiese unificado las creencias y marchase á la cabeza del pueblo.

Los tiempos se cumplían; César estaba abatido y el papa era el único que quedaba; el pueblo, ese gran mudo, que durante tanto tiempo se habían disputado los dos poderes no se iba á entregar al Padre, puesto que sabía que entonces era justo y caritativo, que tenía el corazón lleno de amor y la mano tendida para acoger á los trabajadores sin pan y á los mendigos de los caminos. En medio de la horrenda catástrofe con que amenazaban las sociedades podridas, en la miseria espantosa que hacía estragos en las ciudades, no había más solución posible: León XIII, el predestinado, el redentor necesario, el pastor enviado para salvar á sus ovejas del próximo desastre, restableciendo la comunidad cristiana, la olvidada edad de oro del cristianismo primitivo. La justicia reinando al fin, la verdad resplandeciendo como el sol, todos los hombres reconciliados, nada más que un pueblo viviendo en la paz, no obedeciendo más que á la ley igualitaria del trabajo, bajo el elevado patronato del papa, ¡único lazo de caridad y de amor!

Entonces, Pedro, sintióse como levantado por una llama, arrastrado, llevado hacia adelante. ¡Al fin, al fin iba á verle! ¡A vaciar su corazón y abrir su alma! ¡Hacía tanto tiempo que deseaba apasionadamente que llegase ese minuto, que luchaba con todo su ánimo, con todo su valor para conseguirlo! Recordó los obstáculos, sin cesar renovados, con que tropezó en su camino desde que llegara á Roma, la larga lucha, y por último ese éxito final inesperado, todo lo que redoblaba su fiebre, exasperaba su deseo de victoria. ¡Sí! ¡Sí! Sí, vencería y confundiría los adversarios de su libro. Conforme manifestara á monseñor Fornaro, ¿era que el papa podía rechazar su libro? ¿No era sencillamente que había expresado sus ideas secretas demasiado pronto quizás? ¿No era esto, después de todo, una falta perdonable? Y se acordó también de su declaración á monseñor Nani, el día en que juró que jamás suprimiría libro de mutu propio, porque no le pesaba ni renegaba de nada. En aquel instante se interrogó y creyó encontrar-

se con todo su ánimo y valentía, con su entera firme voluntad de defenderse, de hacer triunfar su fe, en la violenta excitación nerviosa que le producían tanto la espera como aquella caminata sin fin á través de ese Vaticano enorme que á su vez le parecía á su alrededor tan mudo y tan negro. Turbóse, sin embargo, cada vez más y procuraba coordinar sus ideas preguntándose cómo entraría, qué diría y en qué términos lo haría. Había amontonado una porción de cosas confusas y borrosas, porque aquella pesadez formaba parte, sin que él mismo se quisiese dar cuenta de su ahogo. En el fondo estaba quebrantado, cansado ya, no teniendo más impulso que el vuelo de sus ensueños, un grito de compasión ante la miseria abominable. Sí, sí, entraría pronto, caería de rodillas y hablaría como pudiese, dejando que su corazón se desbordase. Y seguramente el papa se sonreiría y le despediría, prometiéndole no firmar la condenación de su obra, en la que se veía retratado con sus pensamientos más queridos.

Experimentó Pedro un desfallecimiento tal, que se acercó otra vez á la ventana para apoyar la frente ardorosa en un cristal helado. Le zumbaban los oídos y las piernas se le doblaban, mientras que la sangre se le agolpaba al cráneo, latiéndole con fuerza en las sienes. Y hacía grandes esfuerzos para no pensar en nada, y contemplaba á Roma envuelta en sombras, pidiéndole un poco de sueño en que se anonadaba. Quiso distraerse de sus preocupaciones, trató de reconocer las calles, los monumentos, en la manera cómo se agrupaban las luces; pero el mar no tenía límites, sus ideas se embrollaban, se iban á la deriva en el fondo de aquel abismo de tinieblas, resultados de engañosas claridades. ¡Ah! Para calmarse, para no pensar nada, en fin, no hay como la noche, la noche total y reparadora, la noche en que todo duerme para siempre, curado de la miseria y del sufrimiento! Bruscamente experimentó la sensación de que se hallaba alguien inmóvil á su espalda y se volvió con ligero sobresalto.

En efecto, esperábase el señor Squadra con su negra librea. Hizo con mucha sencillez una de sus reverencias para indicar al visitante á que le siguiese. Después echó á andar delante, atravesando la sala del trono pequeño, y abrió con lentitud la puerta del gabinete. Y se apartó á



un lado, dejó el paso libre, cerrándose la puerta sin hacer ningún ruido.

Pedro estaba en la habitación de Su Santidad. Tuvo miedo de experimentar una de esas emociones violentas que trastornan y paralizan, pues le habían contado que algunas mujeres llegaban allí moribundas, sobrecogidas, con aire de embriaguez ó bien se precipitaban como levantadas, llevadas por el vuelo de invisibles alas. Y, bruscamente, la angustia de la espera, su fiebre creciente de un momento antes, se convirtieron en una especie de sobrecogimiento, en una reacción que le devolvió la calma é hizo que lo viese todo con serena mirada. Al entrar comprendió desde luego la importancia decisiva de semejante audiencia; él, simple presbítero, se hallaba ante el sumo pontífice, jefe de la Iglesia, soberano de las almas. Toda su vida religiosa y moral iba á depender de esa entrevista, y tal vez semejante pensamiento ocurrido de pronto, le helaba también en el dintel del terrible santuario, hacia el cual se había dirigido con paso tembloroso, en el que creyera que no podía penetrar más que con el corazón estremecido, los sentidos embotados y no pudiendo balbucear más que sus oraciones infantiles.

Más adelante, cuando quiso clasificar sus recuerdos, se acordó que ante todo había visto á León XIII, pero dentro del cuadro en que estaba, en aquella espaciosa habitación, con paredes cubiertas de damasco amarillo, con una alcoba inmensa y tan profunda, que el lecho desaparecía en ella lo mismo que el modesto mobiliario, una dormilona, un armario, unas maletas, las maletas célebres en las que se guardaba bajo triples cerraduras, según decían, el tesoro del dinero de San Pedro; un mueble estilo Luis XVI, una especie de escritorio con adornos de metal cincelado, estaba en frente de una consola Luis XV, dorada y pintada, en la que al pie de un gran crucifijo, ardía una lámpara. La habitación estaba poco menos que desamueblada, pues no había más que tres sillones y cuatro ó cinco sillas tapizadas con una seda clara, y esto no bastaba para llenar aquel vasto espacio que cubría una alfombra muy usada. Y León XIII estaba allí sentado en uno de los sillones al lado de una mesita volante en la que habían colocado otra lámpara provista de una pantalla. Encima de

la mesilla veíanse tres periódicos, dos franceses y otro italiano, éste medio desdoblado, como si el papa acabase de dejarlo en aquel momento para revolver con ayuda de una larga cucharilla el jarabe que tenía en un vaso al alcance de la mano.

Después, del mismo modo que se fijara en el cuarto, fijóse Pedro en el traje; en la sotana de paño blanco con botones iguales, el solideo blanco, la pelerina blanca lo mismo que la faja, que tenía además unas franjitas de oro y unos remates iguales, en que estaban bordadas las llaves. Las medias eran blancas, el calzado de terciopelo rojo y también con las llaves bordadas en oro. Lo que le sorprendió fué el rostro, el personaje entero, que le pareció de tal manera disminuído, que apenas lo reconocía. Era aquella la cuarta vez en que le veía. Habíale visto una tarde espléndida, en las delicias de los jardines, sonriente y familiar, escuchando la charla del prelado favorito, mientras que seguía su camino con ese paso menudo de viejo, paso semejante al salto de un pájaro herido. Habíale visto en la sala de las beatificaciones, como papa muy querido y enternecido, con las mejillas animadas por la alegría, mientras que las mujeres le ofrecían bolsas, solideos blancos, llenos de oro, que se arrancaban las alhajas para arrojarlas á sus pies del mismo modo que se habrían sacado del corazón para echarlo también.

Le había visto en San Pedro llevado sobre el pavés de pontifical, con toda la gloria de Dios visible al que la cristiandad adoraba, tal como un ídolo en una urna de oro y de pedrería, con el rostro fijo, con una inmovilidad hierática y soberana. Y le volvía á ver sentado en aquel sillón, en la reducida intimidad, con el aire debilitado, tan endeble, que al conemplarle experimentó una inquietud mezclada con enternecimiento. El cuello sobre todo era una cosa extraordinaria, un hilo inverosímil, el cuello de un pajarillo muy viejo y muy blanco. Su rostro, de una palidez de alabastro, tenía una transparencia característica, se veía la luz de la lámpara á través de la gran nariz dominante, como si de ésta se hubiese retirado totalmente la sangre. La boca inmensa, con labios de nieve, cortaba con una línea muy delgada la parte baja de la fisonomía. Y los ojos eran los únicos que seguían siendo juveniles y



hermosos, unos ojos admirables, que tenían el centelleo de negros diamantes, pero con un fulgor y una fuerza que abrían las almas obligándolas á confesar la verdad en voz alta. Los escasos cabellos que se escapaban de debajo del blanco solideo formaban como rizos mechoncitos que coronaban de blanco la delgada blanca faz, cuya fealdad se purificaba con toda aquella blancura; en esa blancura toda alma en que la carne parecía fundirse en una cándida florescencia del lirio.

La primera ojeada bastó á Pedro para comprender que si el señor Squadra le había hecho esperar, no había sido para obligar al Santo Padre á que se pusiese una sotana más limpia, porque la que llevaba estaba muy manchada con grandes chorretones de rapé, con manchas amarillentas que se habían extendido á lo largo de los botones, y con mucha llaneza tenía Su Santidad sobre las rodillas un pañuelo que le servía para sonarse. Aparte de todo, parecía hallarse en muy buen estado de salud y repuesto de su indisposición de la víspera, y en eso sucedíale como de costumbre, pues se ponía bueno en seguida con facilidad como viejo muy sobrio y muy prudente, que no padecía ninguna enfermedad orgánica y que todos los días se iba desgastando un poco con un agotamiento natural, lo mismo que una vela que á fuerza de dar su llama acaba una noche por consumirse.

En cuanto cruzó la puerta, Pedro experimentó la impresión que le causaron aquellos dos ojos fijos y de diamante clavados en él. El silencio no era grande sino enorme; las dos lámparas ardían con una llama inmóvil y pálida en aquella calma inmensa del dormido Vaticano, sin que se oyese otra cosa á lo lejos que la antigua Roma sumida en el fondo de las tinieblas, como un lago de tinta en el que se reflejasen las estrellas. Tuvo que acercarse y hacer las tres genuflexiones y se inclinó para besar la chinelada de rojo terciopelo colocada sobre un cojín, y no hubo ni un gesto ni un solo movimiento. Cuando se levantó volvió á encontrar los dos diamantes negros, los dos ojos de fuego y de inteligencia que seguían mirándole como siempre.

Al fin León XIII, que no quiso evitarle el acto de humildad de besarle el pie, y que entonces le dejaba que

continuase sin sentirse, fué el primero que habló sin dejar de examinarle, escudriñándole el alma y hasta lo más profundo de su sér.

—Deseasteis, hijo mío, verme, y he consentido en otorgaros ese favor.

Hablaba en francés, pero con un francés un poco inseguro y que pronunciaba á la italiana tan lentamente, que hubieran podido inscribirse sus palabras con tanta facilidad como si las dictara. La voz era fuerte, nasal, una de esas voces gruesas y sonoras que causa sorpresa oír salir de ciertos cuerpos débiles que parecen exangües y sin aliento.

Limitóse Pedro á inclinarse una vez más en señal de profundo agradecimiento, sabiendo que para hablar exigía el respeto que esperase á que le interpelasen de una manera directa.

—¿Vivís en París?

—Sí, Santo Padre.

—¿Estáis inscrito á alguna de las parroquias de la gran ciudad?

—No, Santo Padre, estoy agregado á la iglesia de Neuilly.

—Sí, sí, ya sé, eso es hacia la parte del Bosque de Boulogne ¿no es esto? ¿Qué edad tenéis, hijo mío?

—Treinta y cuatro años, Santo Padre.

A estas palabras siguió un corto silencio. León XIII había bajado al fin los ojos. Cogió con su mano transparente el vaso de jarabe, y después de revolver éste con la larga cucharilla de oro, tomó un sorbito. Y esto con mucho método, con aire prudente y razonable, lo mismo que todo aquello que debía hacer ó pensar.

—He leído vuestro libro, hijo mío, sí, en gran parte. Por lo general sólo me envían fragmentos de las obras, pero esta vez alguien que se interesa mucho por vos me entregó directamente el libro, suplicándome que lo examinase. De este modo ha sido como he podido enterarme de su contenido.

Hizo un ligero ademán, en el que Pedro creyó ver una protesta contra el aislamiento en que le tenían los que le rodeaban, ese execrable acompañamiento que velaba para



que no llegase hasta él desde afuera nada desagradable, según había confesado monseñor Nani en persona.

—Doy á Su Santidad las gracias por la honra que me ha dispensado,—se permitió decir entonces el presbítero,—y confieso que no podía sucederme felicidad más elevada ni deseada con mayor ahinco.

¡Qué dichoso era en aquellos momentos! Se imaginó que su causa estaba ganada al observar que el papa parecía tranquilo y sin cólera, hablándole de su libro en ese tono, como hombre que, á la sazón, le conocía á fondo.

—¿No es cierto, hijo mío, que estáis en relaciones con el vizconde Filiberto de la Choue? Al principio me chocó mucho la semejanza entre algunas de vuestras ideas con otras de ese muy adicto servidor que, en muchas ocasiones, nos dió por otra parte preciosas pruebas de su buen talento.

—En efecto, Santo Padre, el vizconde de la Choue me dispensa la honra de apreciarme un poco. Hemos hablado mucho y no tiene nada de particular que yo haya reproducido algunos de los pensamientos á que más cariño tiene.

—Sin duda... sin duda. Así por ejemplo, de esa cuestión de las corporaciones se ocupa mucho... demasiado quizás. Cuando vino la última vez nos habló de ella, con rara insistencia. Del mismo modo que en estos últimos tiempos otro de vuestros compatriotas, hombre de los mejores y de los más eminentes, el barón de Fouras, que presidió y acompañó esa hermosa peregrinación del Dinero de San Pedro, no dejó de hablarnos de lo mismo en cuanto consentimos en recibirle durante una hora. Sólo que hay que confesar que nos parece que no están muy acordes, porque el uno nos pide que no hagamos lo que el otro desea.

Desde el principio la conversación se desviaba, y Pedro comprendió que se apartaba de su libro, pero recordó la promesa formal que hiciera al vizconde para el caso en que viese al papa, y si se presentaba una ocasión favorable para obtener una palabra decisiva, con objeto de saber si las corporaciones debían ser libres ó bien obligatorias, abiertas ó cerradas. Desde que se hallaba en Roma había recibido carta sobre carta del desventurado vizconde cla-

vaído en París por la gota, mientras que su rival el barón, aprovechando la admirable ocasión de la peregrinación, de la que era jefe, quiso intentar el arrancar al papa una sencilla palabra de aprobación que habría llevado á su país como un triunfo. Y el presbítero quiso cumplir á conciencia su palabra.

—Vuestra Santidad sabe mejor que todos nosotros en donde está la sabiduría. El señor de Fouras cree que la salvación, la solución de la cuestión obrera se encuentra sencillamente en el restablecimiento de las antiguas corporaciones libres, mientras que el señor de la Choue quiere que éstas sean obligatorias, protegidas por el Estado y sometidas á nuevas reglas. Y es indudable que esta última concepción está más de acuerdo con las ideas sociales que predominan hoy día... Si Vuestra Santidad se dignase pronunciarse en este sentido, el joven partido católico de Francia obtendría grandes resultados y encauzaría todo el movimiento obrero hacia la Iglesia.

Con su acostumbrada tranquilidad, respondió el papa:

—Pero no podemos hacerlo. Desde Francia me piden siempre cosas que no puedo, que no quiero hacer. Lo que os prometo que digáis de mi parte al señor de la Choue, es que si no puedo contentarle á él, tampoco pude hacerlo con el señor barón de Fouras. Este no obtuvo de mí más que la expresión de mi benevolencia con respecto á vuestros queridos obreros franceses que tanto pueden hacer por el establecimiento de la fe. Comprenderéis que, en resumen, esto en vuestro país no son más que cuestiones de detalle, de simple organización, á los cuales no nos es posible descender, bajo pena de darles una importancia de que realmente carecen y de producir un gran desencanto en los unos si doy demasiado gusto á los otros.

Sesgó sus labios una pálida sonrisa, en la que apareció toda su política conciliadora y prudente, resuelta á no comprometer su infalibilidad en inútiles aventuras. Bebió otro sorbito de jarabe y se enjugó los labios con el pañuelo, como un soberano cuya tarea diaria y aparatosa ha terminado y que desea estar cómodamente un rato, habiendo escogido esta hora de silencio y de soledad para hablar sin prisa y con tanta amplitud como desee.

Pedro intentó llevar la conversación hacia su libro,



—El señor vizconde Filiberto de la Choue fué tan bueno para mí, que espera con verdadera ansia la suerte que está reservada á mi libro, con tanta, como si se tratase de de una obra suya. Por esta razón habríame agradado muchísimo llevarle una palabra buena de Su Santidad.

Pero el papa continuaba enjugándose los labios y sonándose, sin responder.

—Le conocí en casa de su eminencia el cardenal Bergerot, otro gran corazón, cuya ardiente claridad debería bastar para rehacer una Francia creyente.

Aquella vez el efecto fué inmediato.

—¡Ah! Sí, el señor cardenal Bergerot. Leí su carta á la cabeza de vuestro libro, y por cierto que estuvo muy poco inspirado al escribirla, y vos, hijo mío, fuisteis bien culpable el día en que la publicásteis... No puedo creer aún que su eminencia el cardenal Bergerot haya leído ciertas páginas de vuestro libro cuando os envió su aprobación plena y completa; prefiero acusarle de ignorancia ó de aturdimiento; ¿cómo era posible si no, que hubiese aprobado vuestros ataques al dogma y vuestras teorías revolucionarias que tienden á la destrucción total de nuestra santa religión? Si realmente leyó vuestra obra, no tiene más excusa que una aberración brusca, inexplicable... imperdonable... Es muy cierto que reina un mal espíritu en una pequeña parte del clero francés. Eso son las ideas galicanas que retoñan sin cesar, como sucede con la mala hierba; todo un liberalismo de Fronza, de rebelión contra nuestra autoridad, un continuo apetito de libre examen y de aventuras sentimentales.

Se fué animando, y las palabras italianas se mezclaban á su francés vacilante, y su gruesa voz nasal salía de su cuerpo débil, de cera y de nieve, con sonoridades de cobre.

—Que lo sepa monseñor Bergerot y esté convencido de que le destrozamos el día en que no veamos en él más que un hijo rebelde. Debe dar el ejemplo de la obediencia; le diremos lo descontentos que estamos y confiamos en que se someterá. No hay duda que la humildad y la caridad son virtudes muy grandes que siempre nos agradó reconocer en él; pero es preciso que esas virtudes no sean refugio de un corazón rebelde, porque no valen nada si no

las acompaña la obediencia, ¡la obediencia! ¡Ese es el adorno más hermoso de los grandes santos!

Sobrecogido y transtornado le escuchó Pedro, que se olvidó de todo y no pensó más que en el hombre, personificación de la bondad y de la tolerancia, sobre el que acababa de atraer aquella cólera todopoderosa. Don Vigilio estaba, pues, en lo cierto; las delaciones de los obispos de Poitiers y de Evreux iban á alcanzar, pasando por cima de su cabeza, al adversario de su intransigencia ultramontana, al benévolo y buen cardenal Bergerot, al hombre de alma abierta á todas las miserias, á todos los sufrimientos de los pobres y de los humildes. Y estaba desesperado aceptando la delación del obispo de Tarbes, instrumento de los padres de la Gruta, porque eso sólo le hería á él como respuesta á sus páginas sobre Lourdes; pero la guerra á traición de los otros dos, le exasperaba, le producía una dolorosa indignación.

Y acababa de ver convertirse á aquel anciano valetudinario con cuello de endeble pajarillo muy viejo, que bebía tranquilamente su vaso de jarabe, en un soberano terrible y tan formidable que tembló en su presencia. ¿Cómo se había dejado engañar por las apariencias al entrar allí y figurarse que estaba ante un pobre hombre rendido por el peso de los años, deseoso de paz y resuelto á hacer toda clase de concesiones? Un soplo pasó por la adormecida habitación y era la lucha otra vez, el despertar de sus dudas y de sus angustias.

¡Ah! ¡Cómo encontraba al papa tal cual se lo habían descrito en Roma, tal cual no quiso creer que era, más inteligente que senimental, dotado de un orgullo desmesurado y que había tenido desde su juventud la ambición suprema, hasta el extremo de prometerlo á su familia, para obtener de ella los sacrificios necesarios, mostrando en todo y por todo una voluntad única desde que ocupaba el solio pontificio, reinar, reinar á pesar de todo, reinar como soberano absoluto, omnipotente! La realidad se presentaba con una fuerza irresistible, y sin embargo, luchó, se obstinó en volver á apoderarse de su ensueño.

—¡Oh! ¡Experimentaría un pesar muy grande, Santo Padre, si á causa de mi desventurado libro su eminencia tenía un segundo de contrariedad! Yo, culpable, puedo



responder de mi falta, pero su eminencia no obedeció más que á su corazón y no habría pecado más que por su gran amor á los desheredados de este mundo.

León XIII no respondió. Fijó en Pedro sus ojos admirables, sus ojos de vida ardiente que iluminaban su faz inmóvil de ídolo de alabastro. De nuevo le miraba con fijeza extraordinaria.

Y Pedro, entre la fiebre que se iba otra vez apoderando de él, veía aumentar en esplendor y poderío. A la sazón imaginábase que á espaldas de León XIII veía hundirse, á través de las edades la larga serie de papas que antes evocara, los santos y los soberbios, los guerreros y los ascetas, los diplomáticos y los teólogos, los que ciñeron coraza y los que vencieron con la cruz y los que dispusieron de los imperios como de simples provincias que Dios les había entregado para su custodia. Después, aparecía Gregorio el Magno, el conquistador, el fundador; más tarde Sixto V, el negociador y político que fué el primero que entrevió la victoria del papado sobre las monarquías venidas.

¡Qué multitud de príncipes magníficos, de amos soberanos, de cerebros y de brazos todopoderosos detrás de aquel anciano, pálido é inmóvil! ¡Qué amontonamiento acumulado de voluntad inagotable, de genio obstinado, de dominación sin límites! ¡Toda la historia de la ambición humana, todos los esfuerzos para someter los pueblos al orgullo de uno solo, la fuerza más alta que jamás haya conquistado, explotado, moldeado á los hombres en nombre de su felicidad, estaba allí! ¡Y aun entonces cuando su realeza había concluído á qué soberanía espiritual no había visto ascender á aquel anciano pálido, tan endeble, ante el cual las mujeres se desvanecían como heridas por la terrible divinidad emanada de su persona! No eran sólo las resonantes glorias, los triunfos dominadores de la historia que se desarrollaban tras él, si no que era el cielo que se abría, el más allá que resplandecía con el deslumbramiento del misterio. En la puerta del cielo tenía las llaves, abría para dar paso á las almas y el antiguo símbolo revivía con nueva intensidad, desprendida al fin del reino mancillador de aquí abajo.

—¡Oh! ¡Os lo suplico, Santo Padre, si es preciso un

ejemplo, no castigéis á nadie más que á mí! Vine, aquí estoy, decidid de mi suerte, pero no agravéis mi castigo causándome el remordimiento de haber hecho castigar á un culpable.

Sin responder siguió contemplándole León XIII con ardiente mirada. Y Pedro no veía en León XIII el papa doscientos sesenta y tres, vicario de Jesucristo, sucesor del príncipe de los Apóstoles, soberano pontífice de la Iglesia universal, patriarca de Occidente, primado de Italia, arzobispo y metropolitano de la provincia romana y soberano de los dominios temporales de la Santa Iglesia, sino á León XIII tal cual lo había soñado, como al Mesías esperado, al salvador enviado para conjurar el tremendo desastre social en el que iba á desaparecer la podrida sociedad. Le veía con su inteligencia ductil y vasta, su táctica fraternal de conciliación, evitando los tropiezos y choques, trabajando en la unidad, con el alma desbordante de amor, yendo derecho al corazón de las muchedumbres y dando una vez más lo mejor de su sangre en señal de nueva alianza.

La elevaba como la única autoridad moral, como el Padre sólo que podía hacer cesar la injusticia entre sus hijos, matar la miseria, restablecer la ley libertadora del trabajo, atrayendo á los pueblos á la fe de la Iglesia primitiva, á la dulzura y á la prudencia de la comunidad cristiana. Y esa elevada figura adquiría allí, en el profundo silencio de la habitación una supremacía invencible, una majestad extraordinaria.

—¡Oh! ¡Escuchadme por compasión, Santo Padre! ¡No castigéis á nadie! ¡No me castigéis á mí! ¡Oh! ¡A nadie, ni á un sér ni á una cosa, ni á nada de lo que puede sufrir bajo el sol! ¡Sed misericordioso, con toda la bondad que los dolores del mundo debieron inculcar en vuestra alma!

Entonces cuando vió que León XIII seguía callando y que dejaba que siguiese en pie, cayó de rodillas como si se desplomase trastornado por la creciente emoción que hacía que su corazón estuviese tan henchido. Y aquello fué para todo su sér como una ruina, como el amontonamiento de todas sus dudas, de todas sus angustias, de todas sus tristezas que le ahogaban de nuevo, que le afli-



gían, traspasándole de dolor una vez más. Había en todo aquello el recuerdo de un día tremendo, las muertes tan trágicas de Darío y Benedetta, cuya pena aterradora conservaba en su corazón, con un peso inconsciente, con una pesadez de plomo.

Había además allí todo lo que había sufrido desde que estaba en Roma, las ilusiones poco á poco desvanecidas, las íntimas delicadezas heridas, el entusiasmo juvenil abofeteado por la realidad de los hombres y de las cosas. Y además de todo esto, y aun más profundamente, era toda la miseria humana entera, los hambrientos que aullaban, las madres que con los pechos agotados, lacios, sollozaban al besar á sus crías que no podían amamantar, los padres sin trabajo que se rebelaban cerrando amenazadores los puños, la execrable miseria, en fin, tan antigua como la humanidad, que la roía desde el primer día y que Pedro encontró en todas partes creciente, devoradora, aterradora y sin esperanza de que se la pueda curar nunca. Era, en fin, pero más inmenso, más incurable, un dolor sin nombre, sin causa precisa, por nada ni por nadie, un dolor universal, ilimitado, en el que se bañaba y sentía fundir desesperadamente, tal vez el dolor de vivir.

—¡Ah! ¡Yo no existo, ni mi libro tampoco, Santo Padre! He deseado ver á vuestra Santidad ¡oh! ¡sí, con pasión! para poderme explicar y defender. Y no sé, no encuentro ni una sola de las cosas que quería decir, porque no tengo más que lágrimas... pero lágrimas que me ahogan... ¡Oh! ¡No soy más que un hombre pobre y no tengo necesidad más que de hablaros de los pobres! ¡Oh! ¡Esos pobres! ¡Oh! ¡Esos humildes! ¡Esos desdichados, á los que he visto desde hace dos años en los arrabales de París, tan miserables y tan doloridos, esas pobres criaturitas, á las que yo iba á recoger entre la nieve, pobres angelitos que no habían comido hacia dos días, mujeres á las que roían la consunción y la tisis, que no tenían ni pan ni lumbre y vivían en el fondo de inmundos é insanos tabucos, hombres arrojados á la miseria por el paro forzoso, cansados de buscar y pedir trabajo como quien pide ó busca una limosna y que vuelven á sus tinieblas ebrios de ira y con el único pensamiento vengador de pegar fuego por los cuatros costados á la ciudad.

Y por la noche, durante la noche tremenda, helada, en la habitación del terror, he visto una madre que acababa de suicidarse con sus cinco hijos, la madre tirada sobre un jergón infecto, intentando dar de mamar á su último hijo, las dos niñas durmiendo su sueño encantador de lindas rubitas, los dos niños aniquilados, caídos más lejos, uno apoyado en la pared, el otro derribado por el suelo, retorcido en una postrera resistencia... ¡Oh! ¡No soy, Santo Padre, más que el embajador, el enviado de los que sufren y de los que lloran, el humilde delegado de los humildes que mueren de miseria bajo la dureza execrable, la tremenda injusticia social. Y traigo á Su Santidad sus lágrimas, pongo á sus pies sus torturas y le hago oír su grito de angustia como un grito que sube del abismo, pidiendo justicia si no se quiere que el cielo se hunda. ¡Oh! ¡Sed bueno, Santo Padre! ¡Sed misericordioso, Santo Padre!

Tendió los brazos é imploraba con un ademán de suprema súplica á la compasión divina. Después siguió diciendo:

—Y, Santo Padre, en esta Roma resplandeciente y eterna, ¿no está también la miseria horrorosa? Desde hace muchas semanas que vago al azar para entretener la espera á través del polvo famoso de las ruinas y no hago más que tropezar con males incurables que me llenaron de horror. ¡Ah, todo eso que se hunde, lo que expira, la agonía de tanta gloria, la horrorosa melancolía de una sociedad que se muere de agotamiento y de hambre!... Ahí, bajo las ventanas de Su Santidad; ¿no he visto un barrio de horror, palacios sin concluir, heridos de una herencia maldita, así como las criaturas raquíficas que no pueden llegar á su total crecimiento, palacios en ruina ya, convertidos en refugio de la lastimosa miseria de Roma. Y, lo mismo que en París, ¡qué población de sufrimiento, mostrándose al aire libre con más impudor aun, toda la llaga social, el cáncer devorador tolerado y mostrado con su terrible inconsciencia! Familias enteras que viven ociosamente padeciendo hambre bajo el espléndido sol, los viejos que han llegado á imposibilitarse, los padres esperando un poco de trabajo, los hijos durmiendo entre las hierbas secas y las madres y las hijas arrastrando su charlatana pereza y aja-



das antes de la edad... ¡Oh! ¡Santo Padre, que desde la aurora de mañana abra Su Santidad esa ventana, y despierte con su bendición á ese gran pueblo niño, que duerme aún entre su ignorancia y su pobreza! ¡Que le dé el alma que le falta, el alma consciente de la dignidad humana, de la ley necesaria del trabajo, de la vida libre y fraternal, regida únicamente por la justicia! ¡Sí, que convierta en un pueblo ese montón de miserables, cuya única excusa es la de sufrir tanto en su inteligencia y en su cuerpo, viviendo como la bestia que trabaja y muere sin saber, sin comprender, y á la que le hacen mover á fuerza de golpes!

Poco á poco fuéronle ahogando los sollozos y no habló más que arrastrado por la pasión.

—¿Y no es á vos, Santo Padre, á quien debo dirigirme en nombre de los miserables? ¿No sois el padre? ¿No es ante el Padre ante quien debe arrodillarse el enviado de los pobres y de los miserables, como yo lo estoy en este momento? ¿Es que no es al Padre á quien debe llevar la carga enorme de todos sus dolores, pidiéndole compasión, ayuda y socorro, justicia, ¡oh! ¡Justicia, sobre todo! Puesto que sois el Padre, abrid de parr en par la puerta para que todo el mundo pueda entrar, hasta los más humildes de vuestros hijos, los fieles, los que pasen casualmente, hasta los rebeldes, los extraviados, los que entrarán entonces tal vez y á los que salvaréis de las faltas del abandono... Sed el refugio de los malos caminos, el paternal amparo ofrecido á los viajeros, la lámpara hospitalaria siempre encendida, y que vista desde lejos, salva de la tempestad... Y puesto que sois todopoderoso ¡oh, Padre! sed la salvación. Lo podéis todo, tenéis á vuestra espalda siglos de dominación, habéis conseguido hoy una autoridad moral que os hizo árbitro del mundo, y estáis en mi presencia como la majestad misma del sol que alumbra y fecunda. ¡Oh! Sed el astro de bondad y de caridad, sed el redentor, continuad la tarea de Jesús que se corrompió á través de los ricos, que convirtieron la obra evangélica en el más execrable monumento del orgullo y de la tiranía. Puesto que la obra está incompleta, proseguidla, poneos al lado de los pequeños, de los humildes, dirigidles á la paz y á la fraternidad, la justicia de la comunidad cristiana.

Y decid, ¡oh Padre! que os he comprendido, que senci-

llamente no hice más que exponer vuestras queridas ideas, el único y viviente deseo de vuestro reinado. Lo demás, el resto, mi libro, importa muy poco. No me defiendo, no quiero más que vuestra gloria y la felicidad de los hombres. Decid que desde el fondo del Vaticano oísteis el sordo erujido de las antiguas sociedades corrompidas; decid que temblasteis con enternecida compasión, decid que quisisteis impedir la tremenda catástrofe, recordando el Evangelio á aquellos de vuestros hijos cuyo corazón atacó la locura y que los quisisteis llevar á la edad de la sencillez y de la pureza, como cuando los primeros cristianos vivían como hermanos inocentes... Sí, ¿no es así? fué para eso para lo que os pusisteis al lado de los pobres y es por esto por lo que vine á pedir os justicia, bondad y compasión con toda mi alma ¡oh! ¡Con toda mi alma de pobre hombre!

Sucumbió entonces á su emoción y se aplanó en el suelo en un mar de sollozos. Su corazón estallaba y saltaba. Eran sollozos enormes, sollozos sin fin, toda una oleada aterrada que procedía de su sér entero, que venía de más lejos, de todos los seres míseros, que procedía del mundo, cuyas venas acarrearaban la sangre con el dolor mismo de la vida. Estaba allí con su brusca debilidad de niño nervioso, embajador del sufrimiento conforme á lo que había dicho. Y de rodillas ante aquel papa inmóvil y mudo, era la miseria humana llena de lágrimas.

León XIII, al que sobre todo agradaba mucho hablar, y pues por lo tanto tenía que hacer un gran esfuerzo sobre sí mismo para oír cómo hablaban los demás, al principio, y en dos distintas ocasiones, levantó la pálida mano para interrumpirle; pero, después, embargado poco á poco por la admiración, dominado asimismo por la emoción, le permitió que continuase y llegase hasta el final de su grito arrastrado por el desorden de la ola irresistible que le impulsaba.

Un poco de sangre coloreó la nieve de su rostro, y sus labios, lo mismo que sus mejillas, habíanse puesto algo más sonrosadas, pero débilmente, mientras que sus ojos tenían un fulgor más vivo. En cuanto le vió sin voz y abatido á sus pies, agitado por aquellos sollozos tan con-